



MÉXICO, LA CIUDAD DE LAS RENUNCIAS

Algunas reflexiones en torno al patrimonio perdido.

Guadalupe Lozada León



A lo largo de su historia la ciudad de México ha sido transformada de manera permanente haciendo de la destrucción su divisa de identidad y su sello de permanencia. Tal pareciera que paradójicamente, las constantes modificaciones de que ha sido objeto constituyen la única manera de conservarse viva; como si a costa de la demolición, a la renuncia de su pasado, a la metamorfosis de fondo, a la inclusión de las novedades arquitectónicas, pudiera ser siempre nueva y así, asegurara su pervivencia.

© 137235 Casasola,
*Demolición del templo de
Santa Brígida.*
ca. 1933. Colección Archivo
Casasola. SECRETARÍA
DE CULTURA. INAH.
SINAFO.FN.MX.

A pesar de que el final del siglo XVIII y el despertar del XIX trajeron a la otrora colonia de la Nueva España el triunfo absoluto de las ideas ilustradas y, como consecuencia inmediata, las nuevas ideas independentistas que a la postre lograron la separación absoluta de la Metrópoli, la ciudad de México no padeció en sí misma ningún cambio definitivo. Las transformaciones se dieron más bien hacia el interior de la sociedad, que poco a poco se fue acostumbrando a hacer política para encontrar, por primera vez en su historia, un proyecto de nación que le fuera propio.

El caso fue que, para la ciudad, la vida parecía continuar plasmada en aquellos muros que Revillagigedo le heredara y la independencia respetara. Sin embargo, los nuevos vientos de la República, primero federal y luego central y viceversa en un juego de ir y venir que parecía no terminar nunca, comenzó a hacer mella en aquella ya tres veces centenaria metrópoli.

Fue hasta 1861, cuando comienzan a imperar las Leyes de Reforma, que la fisonomía urbana entró de lleno a un proceso de transformación iniciado cinco años antes al ser demolido, por órdenes del presidente Comonfort, el enorme convento de San Francisco -el más grande de la ciudad- puesto que el gobierno albergaba temores de que ahí se estuviera conspirando en su contra.

Entre 1861 y 1867 se echaron por tierra buena parte de los monasterios heredados de la Colonia y los que lograron mantenerse en pie; fueron transformados para darles una utilización diferente. Al inicio del siglo XX, las políticas porfiristas propiciaron la radical transformación de una ciudad que la Reforma y la indiferencia habían dejado transformada en ruinas.

Ya lo sentenciaba así Amado Nervo:

Sí es cierto, México es muy vieja; pero [...] a pesar de su vejez, está todavía en el periodo de ensayos, y esto le da cierta apariencia de juventud.

Aquí toda la vida se nos ha ido en ensayar...

Los mexicanos del siglo XIX vieron desaparecer para siempre aquella ciudad marcada por el poder eclesiástico y se acostumbraron a ver surgir de entre las ruinas, una nueva urbe que trataba de borrar a toda costa las huellas de un pasado colonial que se había abierto paso 300 años atrás. Durante el porfiriato las destrucciones tuvieron como lema, ciertamente conformista,: “demoler para reconstruir”, tal como lo dijera en El Mundo José Juan Tablada:

“¡Demoler para reconstruir!”.- Este es el lema a que nos ha conducido la sed de progreso y a él tenemos que ser obedientes lo mismo en lo físico que en lo moral; lo mismo en el orden científico que en el orden social... En el orden social para que la libertad empiece, para que el derecho se respete para que la paz sea sólida y duradera, tiene muchas veces que principiarse por la guerra que diezma, que asola, que aniquila.... Y así, en todo; para evolucionar es preciso remover obstáculos...

En 1901, la ciudad sufrió una más de sus terribles mutaciones; en febrero, con el fin de prolongar la Avenida 5 de mayo, fue derribado el legendario Teatro Nacional cuyo último estertor se produjera con el banquete ofrecido para celebrar, el 16 de noviembre de 1900, la quinta reelección de don Porfirio.

Mientras tanto, ante el dolor resignado de algunos habitantes de la capital en donde habían transcurrido sus recuerdos infantiles, seguían desapareciendo construcciones ya centenarias. En 1904 don Porfirio logra la reelección una vez más. Entonces el gobierno entero tiene un solo objetivo: prepararse para la celebración del Centenario de la Independencia cuando México daría al mundo su nueva cara. En tal virtud, el siempre previsor secretario de Hacienda, don José Ives Limantour comisiona a Guillermo Kahlo para la realización de una obra magna: el catálogo de templos de propiedad federal y el registro fotográfico de las nuevas obras públicas. Dado que muchas de estas aún estaban en construcción, Kahlo emprendió la tarea de recorrer el país durante dos años a fin de obtener las tomas de los edificios religiosos que, desde tiempos de don Benito Juárez, habían pasado a poder de la federación. Como resultado de esta impresionante labor, imprimió 1926 placas con las que lograron formarse 22 volúmenes.



© 466500, *Demolición del Teatro Nacional*, 1900. Colección Felipe Teixidor. SECRETARÍA DE CULTURA. INAH. SINAFO. FN. MX.

Cuando el 25 de mayo de 1911 don Porfirio renuncia a la presidencia, algo se rompió en la cotidianeidad de la orgullosa capital de la República que seis meses atrás se presentara al mundo engalanada durante el Centenario. La fuerza de los acontecimientos rebasó cualquier expectativa y otros nuevos vientos de cambio llegaron a trastocar el mundo de la sociedad mexicana: la Revolución que echó por tierra el mundo que parecía indestructible; acabó con las tradiciones y costumbres; dejó de lado la moda francesa y las grandes recepciones palaciegas; cortó de tajo el glamour y las buenas maneras, e inauguró una nueva época.

La antigua ciudad de México cedió sus encantos porfirianos ante los nuevos modelos, que en un principio pretendieron crear una verdadera identidad nacional. Es decir, ahora México parecería México.

El entendimiento conceptual de esta idea nacionalista corrió a cargo del primer ministro de Educación surgido de la Revolución Mexicana, José Vasconcelos. Desde su recién inaugurado Ministerio, en 1921, trató de imprimir a las nuevas construcciones el sello de lo que, desde su óptica, significaba la esencia del ser nacional: la herencia híbrida de la conquista. Fue así como surge el neocolonial, considerado por el Secretario de Educación como el estilo de la revaloración clara del mestizaje mexicano.



M. MICHAUD EDITOR MEXICO

MAQT JULIO MICHAUD

PLAZA DE SANTO DOMINGO.





Los años veinte vieron pasar frente a sí la existencia de dos tendencias arquitectónicas que quedarían plasmadas en el paisaje ciudadano, pues en esa década, algunos arquitectos y artistas mexicanos, rompieron con el modelo neocolonial impuesto por el vasconcelismo y comenzaron a adaptar a la mentalidad mexicana el nuevo estilo surgido a consecuencia de la Exposición de Artes Decorativas inaugurada en París en 1925. En la década siguiente a partir de 1933 se echaron por tierra todas las edificaciones que, manteniendo la traza colonial de la Ciudad de México, se habían construido a lo largo de cuatro siglos en los dos kilómetros que separan al Zócalo de la Plaza de Tlaxcoaque para trazar la amplia avenida de 20 de noviembre.

En el Programa de Gobierno que el presidente de la República, Abelardo Rodríguez presentara para el año de 1934, se contemplaba para el Distrito Federal, otras muchas obras, algunas de las cuales exigieron también el uso de la piqueta con la que siempre se ha transformado esta ciudad, como la ampliación de la calle de San Juan de Letrán que se llevó entre los escombros el templo de Santa Brígida y lo que había sobrevivido del Hospital Real de Naturales.

Quien ha sentido de cerca la destrucción acelerada de lo que fueran sus barrios infantiles, sus referencias de orientación, sus puntos de recuerdos infinitos, sabe bien que cuando la ciudad se escapa de

© 466778 Charnay, *Iglesia de Santo Domingo, vista general*, 1858. Colección Culhuacán-Fototeca Nacional. SECRETARÍA DE CULTURA. INAH. SINAFO.FN.MX.

© 428781, *Iglesia de Santo Domingo, atrio y plaza, vista parcial*, 1885. Colección Felipe Teixidor. SECRETARÍA DE CULTURA. INAH. SINAFO.FN.MX.

© 877402 Briquet, *Paseo de la Reforma, vista general*, 1890. Colección Vicente Luengas-Fototeca Nacional. SECRETARÍA DE CULTURA. INAH. SINAFO.FN.MX.

las manos, algo muy profundo se rompe en aquel que, casi sin darse cuenta, ha sido cómplice de la devastación.

Diez años más tarde, otros modelos de arquitectura moderna hoy conocidas como racionalismo y funcionalismo, llegan a México junto con las teorías de Le Corbusier que enuncian la importancia de crear una “máquina de vivir” que, en su función de hogar, proporcionara el primer contacto con el mundo diario. De ahí que las construcciones que comienzan a surgir a partir de la segunda década del siglo sean un muestrario de diferentes tendencias arquitectónicas que, en su momento, parecieron ser las más adecuadas para enfrentar los nuevos tiempos por venir.

La ciudad de México se fue convirtiendo en un gran muestrario de formas y colores, que cada una de estas etapas fue dejando en esta ciudad, cuya razón de ser pareciera estar en la modificación permanente. La capital cedió sus aires de grandeza en busca del avance material. Siguiendo el modelo norteamericano se construyen los llamados “rascacielos” que comienzan a poblar Avenida Juárez. Desafortunadamente muchos inmuebles heredados del porfiriato fueron demolidos o abandonados a lo largo de la segunda mitad del siglo XX.

Ya lo decía Francisco de la Maza:

...¿qué va a pasar con la arquitectura de México anterior a 1925? La respuesta es sencilla; la arquitectura prehispánica se defiende sola; nadie va a derruir una pirámide; la arquitectura colonial tiene a su favor algunas raquílicas, parciales y mal elaboradas leyes que la defienden; la arquitectura del siglo xix y principios del siglo xx está totalmente indefensa y será destruida toda. [...] La pobre ciudad de México, abandonada a las egoístas manos de los mercaderes, sin que una superioridad legal la gobierne “no es capaz de organizar su propia vida”.



© 543385 Casasola, *Calle 5 de mayo y alrededores, vista aérea*, 1900. Colección Archivo Casasola. SECRETARÍA DE CULTURA. INAH. SINAFO. FN. MX.



Sin embargo, hay una nostalgia que nos enfrenta de golpe ante una realidad que parece definirnos como país pero más específicamente como ciudad: la autodestrucción en aras de una supuesta modernidad. Con lo que nadie contaba para dar al traste definitivo con la permanencia de lo intangible, con aquel sabor soterrado tras los antiguos muros, con aquellos vestigios de los buenos tiempos, con lo que le quedaba de terquedad reaccionaria, fue con la llegada al gobierno de la capital de Ernesto P. Uruchurtu, el temido “Regente de Hierro”.

Sin meditar un poco siquiera en lo salvable, a don Ernesto le dio por destruir y ensayar sus ímpetus que creía modernizadores. Siempre la modernidad como flagelo, como ariete, como jinete del Apocalipsis ante el que es necesario someterse sin reservas. Se rindió un indiscriminado culto al automóvil, y la capital prácticamente se tasajeó a diestra y siniestra en aras de darle una mayor vialidad. Se fueron así muchos rincones coloniales, espacios arbolados y la mayor parte de los ríos y canales que todavía atravesaban la ciudad.

Comenzaron entonces los pasos a desnivel, “nuevas y costosas obras [que] se suceden para adecuar la fisonomía de la ciudad a las necesidades de sus habitantes. Y es así que [narra una revista de la época] como la ciudad continúa transformándose hasta lo irreconocible”.

© 624008 Casasola,
Antigua Escuela de Comercio Hoy (Edificio de Correos) en San Andrés y Santa Isabel que fue demolida, ca. 1900. Colección Archivo Casasola. SECRETARÍA DE CULTURA. INAH. SINAFO.FN.MX.



© 429587, *Portada de la Iglesia de Santa Brígida*, ca. 1930. Colección Felipe Teixidor. SECRETARÍA DE CULTURA. INAH. SINAFO.FN.MX.



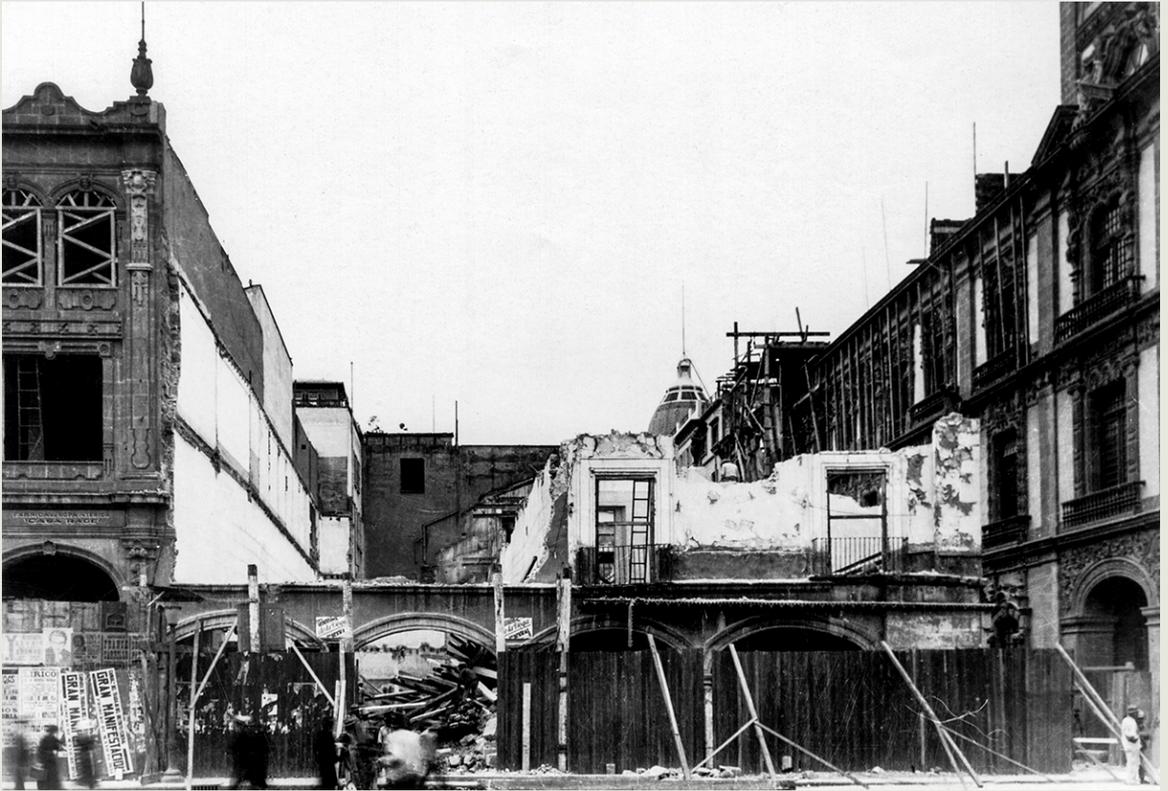
© 3873 Casasola, *Hospital Real de los Indios en la calle de San Juan de Letrán*, fachada de edificio, ca. 1930. Colección Archivo Casasola. SECRETARÍA DE CULTURA. INAH. SINAFO.FN.MX.

Sin embargo, la apertura de tan importantes obras viales implicó el derrumbamiento de irremplazables edificios históricos, que habían logrado sobrevivir las guerras del siglo XIX, la lucha armada del XX; pero no pudieron hacer frente al afán modernizador.

Con los años, no obstante la construcción de otras amplias avenidas que comunicaban a los puntos más importantes de la ciudad, como el Circuito Interior cuyo tramo poniente y norponiente fue concluido en 1976, los problemas de tráfico aumentaron merced al crecimiento demográfico y a la falta de planeación urbana, convirtiéndose, hacia finales de la década, en uno de los dolores de cabeza del Jefe del DDF. Así pues, en abril de ese mismo año se inicia la construcción de los Ejes Viales, construcción que terminó por derrumbar gran número de edificaciones invaluable en el afán eterno de progreso.

Ya lo decía Guillermo Tovar de Teresa:

Los mexicanos sufrimos una enfermedad, una furia, un deseo de autodestruirnos, de cancelarnos, de borrarlos, de no dejar huella de nuestro pasado y de un modo de ser en el que creímos y al que nos consagramos; somos actuales a costa de negar nuestra vocación barroca y adoptamos un supuesto buen gusto a costa de nuestra verdadera riqueza artística. No conozco otro caso semejante en la historia de la humanidad. La destrucción de Roma por los bárbaros es menos inexplicable: destruían algo que no les pertenecía. [...] Los mexicanos creemos todavía que es necesario destruir el pasado para disponer del presente. Más que una mala costumbre es un problema de identidad nacional. [...] A los últimos 40 años [1945-1985], tiempos de conciencia aparente, cuando han sobrado los defensores del tesoro artístico de la capital, les debemos las más vastas destrucciones desde los tiempos de la Reforma.



© 656766 Casasola, *Obras de apertura de la avenida 20 de noviembre*, 1950.
Colección Archivo Casasola. SECRETARÍA DE CULTURA. INAH. SINAFO. FN. MX.



© 175495 Casasola, *Demolición del Convento de la Iglesia de San Bernardino*, ca. 1925.
Colección Archivo Casasola. SECRETARÍA DE CULTURA. INAH. SINAFO. FN. MX.



Sin embargo, un suceso fuera de las manos de los gobernantes y ciudadanos capitalinos modificaría por completo la estructura y posterior lógica de crecimiento de la ciudad. El movimiento sísmico de la mañana del 19 de septiembre de 1985, cimbró a la secular ciudad toda, que en un minuto vio caer ante sí -en dispersos fragmentos que llevaría años reedificar- a sus habitantes, a sus construcciones y a su historia.

Los procesos de rescate, limpieza y reconstrucción se dieron continua e incansablemente a lo largo de un doloroso proceso de reencuentro con la ciudad misma que, en buena medida, se había destrozado.

En los últimos 34 años, después del sismo, la situación ha cambiado poco. Aunque no ha habido obras de la magnitud de las descritas y no obstante que el Centro Histórico de la Ciudad de México y Xochimilco fueron inscritas en la lista de Patrimonio Mundial de la UNESCO en diciembre de 1987, se han hecho todavía algunas demoliciones, como la muy sonada de Regina 97 en pleno Centro Histórico que causó revuelo en la prensa y hasta en el seno de la UNESCO que envió una misión reactiva y, merced a la especulación inmobiliaria, otras zonas de la ciudad como Polanco, Narvarte, Santa María la Rivera, Escandón, la Colonia Roma, la Juárez y la Condesa entre otras, han sufrido múltiples demoliciones que han transformado definitivamente su imagen tradicional.

© 359846 *Casa de la Mariscal de Castilla en el cruce de dos calles*, 1915. Colección Culhuacán-Fototeca Nacional. SECRETARÍA DE CULTURA. INAH. SINAFO.FN.MX.



5 DE MAYO E ISABEL LA CATOLICA.



En todos estos procesos, la fotografía estuvo presente desde que en 1858 Desireé Charnay dejara plasmada la ciudad previa a las demoliciones ocasionadas por la piqueta de la Reforma. De los rincones de la ciudad del porfiriato, de la que se levantó después de la Revolución, y de la que se ha ido transformando desde que comenzó la fiebre de los rascacielos en la década de 1950 han quedado testimonios fotográficos que son los vehículos que nos unen a un pasado que se ha ido y se pierde ante nuestros ojos llevándose parte fundamental de nuestra memoria e identidad.

Así, cuando la vertiginosidad de los diarios acontecimientos impide que nuestros recuerdos se instalen por un momento en la nostalgia de los tiempos idos; en la memoria de lo que el estrés cotidiano nos arrebató; en la delicia de la remembranza que la piqueta nos cancela; en el pasadizo secreto que nos conduce al mundo ya perdido de lo que fue la espléndida ciudad de México, es bueno retomar la cuenta de los años y observar a través de las fotografías aquello que otros vieron, lo que hoy ya no existe.

© 124723 Casasola,
*Demolición de edificio
en la esquina 5 de mayo
e Isabel la Católica,*
1935. Colección Archivo
Casasola. SECRETARÍA
DE CULTURA. INAH.
SINAFO.FN.MX.

© 639638 Casasola,
*Edificio Corcuera en
Paseo de la Reforma,*
1957. Colección Archivo
Casasola. SECRETARÍA
DE CULTURA. INAH.
SINAFO.FN.MX.

- 1 Ver: Antonio García Cubas. *El libro de mis recuerdos*. Imprenta de Arturo García Cubas. Hermnos, Sucesores, 1904, pp. 21-40 y 52-136
- 2 Manuel Durán, Prólogo y selección, Amado Nervo. *Cuentos crónicas y ensayos*, México, UNAM, Coordinación de Humanidades, Biblioteca del Estudiante Universitario número 25, 1993, p. 105
- 3 "La demolición del Teatro Nacional" en *El Mundo Semanario Ilustrado*, México, 27 de enero de 1901
- 4 Desafortunadamente esta obra magna no logró la difusión que se esperaba debido al inicio de la Revolución. La colección de placas se encuentra casi completa en la fototeca de Pachuca. Ver: Juan Coronel Rivera, "Guillermo Kahlo, fotógrafo" en Guillermo Kahlo, fotógrafo, 1872-1941, Vida y Obra, México, Conaculta, INBA, Museo Estudio Diego Rivera, Museo Nacional de Arquitectura, 1993, (Catálogo Ilustrado) p. 64-65/ 69-70. En 1924 la Secretaría de Hacienda publicó cinco volúmenes con las imágenes de Kahlo y textos y dibujos del Dr. Atl.
- 5 Francisco de la Maza. *Del neoclásico al Art Noveau y Primer viaje a Europa*. México, Secretaría de Educación Pública, Colección SepSetentas, 1974, p. 100
- 6 Ver. *Revista Mexicana de la Construcción*, México, agosto de 1955, p. 18
- 7 Guillermo Tovar, "La destrucción de las ciudades de México" (publicado originalmente en la revista *Vuelta*, núm. 125, México, abril de 1985), en Isabel Tovar de Arechederra y Magdalena Mas (comp.) *Reencuentros con nuestro patrimonio cultural*, México, Ciudad de México DDF, Universidad Iberoamericana, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994, Ensayos sobre la Ciudad de México VI.